



ROMANCE HISTORICO

DE

LA PEREGRINA DOCTORA.

PRIMERA PARTE.

Sacra Antorcha luminante,
que en este alcázar supremo
pisais alfombras de estrellas,
con poder tan grave y régio,
cercada de Serafines
y de los Angeles bellos,
y los Querubines todos
con acordes instrumentos
y con dulces melodías
os están cantando versos,
diciendo: Rosa encarnada,
sacra Aurora, Oliva y Cedro,
Madre de Misericordia,
cristal puro, claro espejo,
en donde se está mirando
todo el celestial imperio:
María, con vuestro manto
tapais y cubrés el cielo,

como el ave que en su nido,
con sus delicados vuelos
les dá calor á sus hijos
y defiende del sereno.
Yo os ruego, Lucero claro,
Madre de Dios verdadero,
que pues amparais benigna
al que implora vuestros ruegos,
ampareis vuestros devotos
con aquese hermoso velo,
que no les caiga el rocío
ni la mancha de veneno,
que asi os lo pide un devoto
con cordialísimo afecto.
Y pues los Angeles todos
os están cantando versos,
yo tambien quiero cantarle
á mi auditorio discreto;

y ayudado de su gracia
podré salir de este empeño.

En la ciudad de Lisboa,
en el lusitano reino,
vivía un gran potentado,
tan noble y tan caballero
que General de las tropas
era de su Rey Don Pedro;
llamado Don Alejandro
de Figueroa y Sarmiento.
Este tal era casado:

¡ con qué pena lo refiero!
¡ con qué pesares lo digo!
¡ y con qué dolor lo siento!
pues no quisiera decirlo,
que en lo interior de mi pecho
el corazón me palpita,
y á voces me está diciendo:
calla hombre, no lo digas,
sino deja ese suceso,
y pásate á otro romance.

Mas ya no tiene remedio,
y es fuerza que lo declare
aunque se enoje el silencio.

Casóse Don Alejandro
con un peregrino objeto,
con la mayor hermosura
que había en todo aquel pueblo,
tan hermosa y tan bizarra
que era otra segunda Venus;
sin tener que ver con ella
el mas hermoso lucero.

Se llamaba esta beldad
Doña Inés Portocarrero,
y su esposo, como amante
que adora sus pensamientos,
la tierra que pisa, besa,
y de continuo en su pecho
siempre trae su retrato
para su mayor consuelo.

Este tal tiene un hermano
dentro su palacio mesmo,
llamado Don Federico,
que si cupiera veneno
en el sentido, y pudiera

matar con el pensamiento,
días ha que le tuvieran
sepultado en los infiernos.
Cuando su hermano salía
con los egércitos bellos,
él se quedaba en palacio
para despachar los pliegos.
Era verdugo de esclavas,
un pirata con los negros,
y enfado de las doncellas
que le estaban asistiendo,
porque á todos les servía
de muy grande contrapeso,
que en todo lo de palacio
siempre se estaba metiendo.
Este tal se enamoró
con mal nacidos intentos
de la muger de su hermano,
Doña Inés Portocarrero.
Anda triste y pensativo,
sin color y macilento,
y hasta las aves le enfadan
que ve volar por el viento.
En fin se determinó
cierto día, entre los pliegos
que su esposo la escribía,
ponerle un papel en medio,
dando parte de su amor
con depravados intentos.
Tomó Doña Inés las cartas
con alegría y contento,
por ser de Don Alejandro,
su esposo y querido dueño.
Estábalas repasando,
y reparó en aquel pliego
que estaba muy poco hollado
y escrito de poco tiempo.
Puso los ojos en él,
y comenzando á leerlo,
en su presencia lo arroja
hecho pedazos al viento.
Detente muger heroica,
guarda el papel en tu pecho,
que puede ser que te sirva
algun día de provecho;

pero en fin ya lo rompió,
¡qué lástima! no hay remedio.
Mas viendo Don Federico
el desaire que le ha hecho,
colérico y enojado
por los ojos brota fuego;
pero ella le reprende,
y á solas le está diciendo:
el que ha de guardar mi honor
¿quiere ofender mi respeto?
Vaya usted, Don Federico,
mire que se agravia el cielo
de que usted contra su hermano
proceda con tal intento.
No le quiso decir mas:
él se metió en su aposento
maldiciendo su fortuna;
jura por los altos cielos
que á pesar de todo el mundo
ha de lograr sus deseos.
Miró Doña Inés un dia
á Don Federico, y viendo
su silencio, y que traía
el rostro muy descompuesto,
y que le estaba brotando
la ponzoña y el veneno,
como sagáz y discreta,
entre sí estaba diciendo:
aqueste querrá intentar
un villano atrevimiento;
pero antes que lo ejecute
yo quiero poner remedio.
Mandó al punto que viniesen
albañiles y arquitectos,
y que en medio del jardin
hiciesen de jazpe negro
una bóveda curiosa
adornada de azulejos,
cuanto cupiese una cama,
mesa, silla é instrumento;
y que á la puerta le pongan
unas barretas de hierro,
cuanto pudiesen por ellas
meter el mantenimiento,
con su golpe como cárcel,

3

y el pestillo fuerte y recio.
Ya que estaba aderezado,
con su cama y lucimiento,
llamando á Don Federico
Doña Inés Portocarrero,
le dice así: hermano mio,
porque muy triste te veo,
quiero llevarte al jardin
á ver los árboles bellos;
verás una arquitectura
hecha por un buen maestro,
para en viniendo mi esposo
salir á tomar el fresco.
Así que oyó estas razones
se alegró mucho en estremo,
creyendo que aquella nieve
la iba derritiendo el tiempo.
Se fueron hácia el jardin,
y aquel edificio viendo,
con la cama, tan curioso,
dióle el corazon un vuelco,
diciendo: mi suerte es esta;
hoy se logran mis deseos.
Dijo Doña Inés entonces,
con engañosos intentos,
hermano, por divertiros,
tocad aquese instrumento,
mientras yo cojo unas flores
de este tan florido huerto.
Hízolo luego al instante,
y ella apenas lo vió dentro,
cuando le cerró la puerta
con tan varonil esfuerzo,
que quedando echado el golpe
quedó Federico preso;
y le dijo: aqui se pagan
osados atrevimientos.
Oyendo aquestas razones
tiró al suelo el instrumento,
se aira, bufa y patea,
parece un leon sangriento:
jura que se ha de vengar
á pesar del mundo entero;
si ella el papel no rompiera
tendria un abono bueno.

Doña Inés se retiró
 dejándole en cautiverio:
 y cuando iban á palacio
 visitas de caballeros,
 y señores principales
 de sus parientes y deudos,
 cuando por él preguntadan,
 Doña Inés decia presto:
 es que le dá un accidente
 y un frenesí descompuesto:
 y allí lo tiene metido
 para tenerlo sujeto,
 que los regalos del mundo
 de sobra los tiene dentro.
 Desde entonces Doña Inés
 despachó todos los pliegos,
 fingiendo estaba el hermano
 melancólico y enfermo.
 Allí lo tuvo seis meses;
 y sabiéndose por cierto
 que el campo se levantaba,
 porque los Reyes hicieron
 treguas por otros seis meses,
 y que próspero y contento
 venia Don Alejandro
 echando plumas al viento;
 fue la noble Doña Inés,
 alegre al encerramiento,
 donde estaba Federico.
 Llevóle un vestido nuevo,
 un caballo enjaezado,
 la peluca y el sombrero,
 y tambien quien lo afeitase,
 porque saliese bien puesto
 á recibir á su hermano,
 y que guardase silencio
 en todo lo sucedido,
 que ella promete lo mismo;
 que lo que ha hecho con él
 debe mucho agradecerlo;
 y con esto abrió la puerta,
 aunque con algun recelo.
 El no se quiso vestir,
 que con el ropage mesmo,
 y sin afeitarse monta

en un andaluz soberbio.
 El hermano que lo vido
 tan abominable y feo,
 le dice: hermano del alma,
 ¿cómo bienes tan horrendo?
 ¿qué pesares te molestan?
 ¿qué disfraces son aquestos?
 Entonces le respondió
 de esta manera, diciendo:
 tu esposa tiene la culpa
 de verme como me veo,
 por no adherir á su gusto,
 que descansando en mi lecho
 me solicitó una noche,
 echándome mil requiebros.
 Pero yo le respondí
 dándole mil documentos,
 y por aquesta ocasion
 me ha dado tanto tormento
 que me ha tenido hasta ahora
 en un mausoleo preso.
 Don Alejandro que escucha
 tan terrible atrevimiento,
 como un mármol se quedó
 por largo rato suspenso,
 que quisiera que el abismo
 le sepultara en su centro.
 Determina el ir á casa
 fatigado de tormentos:
 y entrando por el palacio
 le salió al recibimiento
 aquella blanca azucena;
 fue á abrazarlo, y con despego
 le pegó una bofetada
 con injuria de los cielos.
 Y por no ver su hermosura,
 mandó que cuatro monteros,
 que eran hombres de mal alma,
 la llevasen á un desierto,
 y le sacasen los ojos
 y el corazon de su centro,
 y en un lienzo se lo traigan
 para quedar satisfecho.
 ¡Qué lástima! ¡qué dolor!
 ¡qué castigo sin deberlo!

Salen una triste noche,
amparados del silencio,
aquellos facinerosos,
y antes que rompiera Febo,
en un monte se encontraron,
tan encumbrado y espeso
que aquel dorado planeta
que habita en el cuarto cielo,
nunca pudo con sus rayos
descubrirle sus cimientos.
Estando en aqueste sitio,
al pie de un copado fresno,
antes de darle la muerte
gozarla intentan groseros,
armando tan cruel batalla
sobre el que ha de ser primero,
que los cuatro parecian
unos lobos carniceros.
Pero la Virgen María
los aires bajó rompiendo,

5

trayendo á Jesus en brazos
tierno Niño y Rey inmenso;
y á su devota le dice:
libre estás, no tengas miedo,
que yo vendré á visitarte,
aunque yo nunca te dejo.
Te traerá la comida
un leon muy alagüeño,
y es el que te ha de guardar,
que estés velando ó durmiendo.
La Virgen y el bello Niño
de alli desaparecieron,
quedándose Doña Inés
confusa en su pensamiento,
por saber de que un leon
le ha de dar el alimento.
Y en otra segunda parte
dará Juan Miguel del Fuego
gusto á todos los oyentes
con el fin de este suceso.

SEGUNDA PARTE.

Vamos ahora á los cuatro
que se quedaron riñendo,
que entre los tres dieron muerte
al que era mayor de ellos,
y los otros que se hallaron
la jaula sin el gilguero,
la buscaron por el monte
como caballos sin freno;
mas viendo que no la hallaban,
se hicieron este concepto:
muy bien habemos quedado;
¡qué buena cuenta daremos
allá de nuestras personas,
del encargo que traemos!
Lo que podemos hacer
con este difunto cuerpo,
será sacarle los ojos
y el corazon, y en un lienzo
se lo podremos llevar
y cumpliremos con eso.

En breve lo ejecutaron,
que fue diciendo y haciendo.
dan la vuelta hácia palacio,
y entregan en el pañuelo
el corazon y los ojos
á Don Alejandro, y luego
con cuidado preguntó
por el otro compañero.
Todos juntos á una voz
estas palabras dijeron:
tambien se quedó en el monte,
porque quiso muy soberbio
profanar á Doña Inés,
y lo matamos por eso,
quedándose alli en el monte
por andar tan descompuesto.
Volvamos á Doña Inés,
que estando tomando el fresco,
sentada junto á una fuente,
volviendo el rostro sereno,

vilo venir un leon
tan galan, tan halagüeño,
tan hermoso, tan bizarro,
que daba contento el verlo,
y que en la boca traía
un canastillo pequeño,
hecho con dos mil primores,
todo de viandas lleno,
que para ella y el leon
era bastante alimento.
Hízole una cortesía,
y lamiéndole los dedos
entrególe el canastillo
á su señora y su dueño,
y á la entrada de la cueva
paseándose y rugiendo
estaba hecho centinela
guardándola muy atento;
al otro dia siguiente
ya volvía á hacer lo mesmo:
tomaba su canastillo,
y á breve espacio de tiempo
venia con las viandas,
mas que aromas trascendiendo,
pasando todos los dias
las cosas que aqui refiero.
Vamos á Don Federico,
que preguntó á los monteros
si es verdad que la mataron,
que les guardará secreto,
y que tambien les daria
gran cantidad de dinero;
todos dijeron que no,
y contáronle el suceso,
como se quedó en el monte
sin agraviarla en un pelo.
Don Federico les dice:
en el alma os lo agradezco;
todos juntos hemos de ir
á buscarla, muy de cierto,
antes hoy que no mañana,
y á mi hermano le diremos,
que á una cierta montería
voy con otros caballeros.
Salen de palacio, y llegan

al confuso pirineo
de aquel encumbrado risco,
peñas y montes batiendo.
Mas quiso su mala suerte
que con la bóveda dieron,
donde Doña Inés estaba,
para perdicion de ellos;
que apenas los vió el leon,
muy enojado y sangriento
á los tres despedazando
en mucho menos de un credo,
al otro se lo dejó
ni bien vivo ni bien muerto;
pues le libró Doña Inés,
que hiciera con él lo mesmo,
porque era Don Federico,
y conociéndolo luego,
no cupo en su noble sangre
aquel refran verdadero,
porque ella la mala obra
la pagó con buen estremo.
Da la vuelta á su palacio,
con mentiras y embelecocos,
diciendo que un javalí
le mató los compañeros,
y que él con cinco heridas
se subió encima de un cerro,
y de esta suerte escapó
de aquel animal soberbio.
Dejemos en este estado
á Don Federico enfermo,
curándose de sus llagas,
sin poder hallar remedio.
En el dia señalado
de la Encarnacion del Verbo,
se apareció á Doña Inés
la Vírgen de los Remedios,
alegrando plantas, flores,
riscos, valles y desiertos,
y le dijo: Dios te salve,
hija, ya se llegó el tiempo
de que dejes este sitio
y te vayas á tu pueblo,
y curarás á tu esposo,
que dias ha que está enfermo,

y tambien á tu cuñado,
 que las heridas vertiendo
 están sangre todavía,
 y perdónales los yerros.
 El leon que te ha traido
 el cotidiano alimento,
 lo ha hecho por mi mandato,
 que así pago cuando quiero,
 preservando mis devotos
 de este y semejantes riesgos.
 Con esto le dió la Vírgen
 un vasito muy pequeño,
 lleno de bálsamo heróico,
 que vale mas que un imperio.
 Y luego desaparecen
 Vírgen y leon á un tiempo,
 quedándose Doña Inés
 metida en un pasajero
 camino que va á Lisboa,
 con su báculo y sombrero,
 y peregrinando llega
 á dicha ciudad, á tiempo,
 que en breves dias curó
 muy grande copia de enfermos,
 sin que el bálsamo precioso
 se menoscabase un pelo.
 La ciudad toda admirada
 de la peregrina, viendo
 los enfermos que curaba,
 tan consumidos y secos,
 y luego quedaban sanos:
 muy alegres acudieron
 con la nueva al General
 Don Alejandro Sarmiento,
 que estaba ya desahuciado
 de los libros de Galeno
 juntamente con su hermano;
 y al instante previnieron
 un coche con cuatro mulas:
 salen por la ciudad ciegos
 buscando la Peregrina,
 preguntando á todo el pueblo.
 Vinieron á dar con ella
 en un sagrado convento
 de Religiosas Descalzas,

que estaba con santo celo
 curando algunas enfermas
 de tabardillos molestos.
 Entre dos Comendadores
 en el coche la metieron,
 la llevaron á palacio,
 y visitando al enfermo,
 tomándole el pulso, dice:
 diga, señor caballero,
 ¿de qué pende esa dolencia?
 Y él dice: de sentimiento,
 y de un gran dolor continuo
 que desecharlo no puedo.
 Entonces ella responde:
 no es mucho ese sentimiento,
 ni aquese dolor es mucho,
 pues que de dolor no ha muerto:
 Apenas le echó en los lábios
 aquel bálsamo supremo,
 se levantó dando gracias
 al Señor de tierra y cielo.
 Quería irse al instante,
 mas le atacaron los vuelos,
 diciendo: tenga señora,
 que hay que curar otro enfermo.
 La Peregrina responde:
 por mi vida que no puedo
 detenerme un solo instante,
 y ni á curarlo me atrevo,
 si en público no confiesa
 todas sus culpas y yerros.
 Dijo el enfermo que sí,
 que ya estaba casi muerto,
 y hediéndole las heridas,
 compasion causaba el verlo.
 Mandó juntarse la gente
 de sus parientes y deudos,
 hasta los mismos criados
 que en la casa están sirviendo;
 á todos pidió perdon,
 pero á su hermano primero.
 El hermano le perdona,
 y entonces dijo el enfermo:
 hermano y señor, tu esposa
 era una joya sin precio,

era un cofre de esmeraldas,
 de la castidad ejemplo,
 dechado de las virtudes,
 de modestia claro ejemplo,
 pero yo vil criatura
 quise ofender su respeto;
 ella por esta ocasion
 me tuvo seis meses preso,
 y yo por querer vengarme
 le levanté el falso enredo.
 Don Alejandro que escucha
 echó la mano al acero,
 diciéndole: vil hermano,
 atrevido y desatento,
 por haberte perdonado
 en tu sangre no me vengo.
 Entonces la Peregrina
 con sus dedos le fue ungiendo
 las heridas, y al instante
 se levantó sano y bueno.
 Grande copia de doblones
 que pasaban de trescientos,
 daban á la Peregrina;
 y ella haciendo menosprecio,
 dice: guarden las monedas,
 quiten allá ese dinero,
 que quizá les hará falta
 para sustentar los negros.
 Mirando Don Alejandro
 el retrato de su pecho,
 y el rostro á la Peregrina,
 la semejanza advirtiendo,
 pues era ejemplar y copia,

ardia en vivos incendios,
 y dijo: señora mia,
 ¿de qué patria ó de qué reino
 es usted, aunque perdone?
 Y ella con suaves ecos
 le respondió: señor mio
 yo soy de todos los reinos,
 vecina de todo el mundo,
 y á mí me llaman por eso
 la Peregrina Doctora,
 sin interés de dinero,
 la que curó á su marido
 y á su enemigo protervo.
 Entonces Don Alejandro
 le dió un abrazo muy tierno,
 conociendo era su esposa
 aquel hermoso portento.
 La ciudad toda admirada
 la gran maravilla viendo;
 de puro contento lloran,
 y parece un jubileo,
 de damas y de galanes,
 y parientes que acudieron,
 que en el palacio no caben
 á la nueva del suceso.
 En la ciudad de Lisboa
 hacen fiestas y torneos,
 toros y juegos de cañas,
 comedias y pasatiempos.
 Y ahora humilde y postrado
 pide Juan Miguel del Fuego
 á Jesus de que nos libre
 del demonio y sus enredos.

FIN.

VALENCIA.

*Imprenta de Laborda, calle de la Bolsería, número 24, donde se hallará
 con otros diferentes; Comedias antiguas y modernas, Entremeses,
 Romances y otros papeles sueltos.*